**UN MUNDO NUEVO**

**Autor**

Después de la fiestas de la ciudad a la mitad del verano, justo cuando el sol golpeaba con toda su intensidad y furia, el termómetro marcaba cuarenta grados Celsius, la gran ciudad se pintaba de colores rojizos y amarillosos, un sepia abrazador se miraba en el horizonte, daba la impresión de que se estuviera quemando en esta gran urbe, gente iba y venía por todas partes, en las calles a todas horas transitaban personas corriendo de un lugar a otro, las plazas estaban cubiertas con lonas de todos colores que servían para proteger a los vendedores que yacían dentro vendiendo de todo; comida, cacharros y demás cosas que tuvieran valor, muchas veces intercambiaban cosas, otras veces pagaban con monedas aquello que les gustara. El tiempo pasaba rápido, las personas no se miraban a los ojos, caminaban indiferentes por todas partes, sin pensamientos, como sin alma. El paisaje se inundaba con grandes y tupidos edificios imponentes hechos de acero, de los cuales crecían desalineados y ostentosos ventanales que apenas soportaban las estructuras de los mismos edificios, la ciudad estaba mal planificada, era evidente, todos construían en donde se les venía en gana. Las calles apenas se podían distinguir desde el aire ya que a las personas les gustaba caminar donde fuera, y a los vendedores no les bastaba con tapizar las plazas para vender. Los carros eran el reflejo de los salarios, carros viejos de segunda. En sus edificaciones no había iglesias, museos, teatros, cines ni nada que tuviera que ver con la expresión artística, emocional, o espiritual, solo eran oficinas, bodegas, centros de distribución y talleres de construcción de todo tipo de cosas necesarias para el trabajo. En los hogares hacía años que habían desaparecido los televisores y los libreros con títulos varios, internet se había convertido solo de uso empresarial, las celebridades de televisión, películas, pasarelas y escenarios estaban degradadas y los años los habían convertido en totales desconocidos. Ahora se admiraba a los dueños de las grandes corporaciones, eras los nuevos líderes políticos y espirituales de la sociedad, todos querían ser como ellos, actuaban a ser ellos y se comportaban de igual forma, osados, egoístas y mezquinos.

Hombres y mujeres, incluso niños vestían sacos ligeros y pantalones en tonalidades obscuras a pesar de la intensidad del calor, eso los hacia únicos en la región, era parte de su identidad, les llenaba de orgullo, lo único en lo que pensaban era en trabajo, comida y en procrear para mantener la ciudad en pie, en sus mentes no había más. No estaban dispuestos a ayudar, tanto así, que en una ocasión un hombre que se dedicaba a la construcción de uno de los edificios más vanguardistas, estaba afinando los últimos detalles de la instalación eléctrica, cuando por error tropezó y cayó quedando prendido solamente de la manga de su overol, que por suerte, se logró atorar de una rebaba que quedó de los cimientos de acero del edificio, como pudo se las arregló solo, a pesar de que muchas personas pasaban en ese momento y veían la escena, nadie fue en su ayuda, incluso él, no pidió auxilio, ya que pedir ayuda era mal visto, cada quien se las arreglaba como podía y como sabía. No había clases sociales puesto que el poder adquisitivo de todos era parecido salvo los que no lograban adaptarse al ritmo de trabajo, ellos quedaban por debajo de la mayoría y vivían solamente de lo que otros tiraban, a estas personas nadie las apreciaba, considerando que para ellos, apreciar a alguien solo significaba verlos como si fueran una persona más para el trabajo, ellos al no adaptarse a esta forma de vida no servían para trabajar. Incluso se decía que los que no lograban encajar en este sistema eran el “desecho social”. Todo esto daba la impresión que era una ciudad desordenada, desolada y desértica de emociones, de tacto y humanidad

Cerca de la metrópoli había un río que desembocaba en un lago, pocos conocían el río puesto que para llegar a él se requería cruzar un puente que atravesaba el lago, como perdido en el tiempo, el puente estaba lleno de maleza densa que impedía el paso, no porque estuviera prohibido pasar, sino porque a nadie le interesaba cruzar para saber que había después, estaban todos tan ocupados en sus labores que pasaba desapercibido, en especial desde el día en el que ya no fue necesario cruzar el puente debido a que se utilizaba para ir en busca de agua proveniente de un manantial del cual emanaba agua limpia, no obstante ,hacía cincuenta años que todo se manejaba por medio de grandes tuberías que atravesaban la ciudad para llevar a cada hogar el agua limpia del manantial, ahora solo de vez en cuando les daban mantenimiento a dichas tuberías, por lo tanto poco, cruzaban el puente.

En la orilla del lago, paseaba un joven delgado, de estatura media, piel blanca y cabello negro como la noche, con ojos grandes y mirada penetrante. Era el quinto de siete hijos, creció en una familia de negociantes, vendían todo tipo de artefactos antiguos que causaban simpatía a algunos, aunque con el tiempo el negocio familiar perdía interés, las personas cada vez apreciaban menos las antigüedades, eso obligaba al papá del joven a vender otro tipo de cosas en su tienda que recién había cumplido cien años de mantenerse en pie. El tatarabuelo del joven había sido quien inicio con la tienda de antigüedades, en esa época, el negocio había prosperado a tal grado que venían de todas partes del mundo solo a apreciar los aparatejos que se exhibían, mucho tiempo se mantuvo así, hasta ese momento. El papá del joven optó por comenzar a vender herramientas de trabajo para poder mantener a sus siete hijos, su esposa, fiel a las convicciones del esposo en todo momento, lo apoyaba firme y constante, entre los dos lograban poco a poco levantar de nuevo la tienda, tenían que adaptarse, querían evitar a toda costa convertirse en “desecho social”, los siete hermanos apoyaban en el negocio, al joven le gustaba mucho arreglar o ensamblar las cosas que llegaban empaquetadas en grandes y pequeñas cajas, disfrutaba ver la pieza armada en su totalidad, le causaba tremenda satisfacción terminar una y comenzar con otra, gustaba también de pintar todo lo que llegaba, era detallista e inteligente, ya que había piezas que ni su propio padre con más experiencia podía armar, él era más disperso, imaginaba situaciones fuera de la realidad, era curioso por naturaleza y le gustaba estar solo observando, algo que comúnmente no pasaba con los demás, lo rechazaban por tener ideas “raras”, aparentemente nadie lo entendía, como consecuencia creció como una persona muy introvertida, y en un mundo en el que los negocios eran lo más importante era difícil para él poder estar a la par de los demás, esto por supuesto le preocupaba a sus papás a tal grado que lo forzaban a realizar tareas que no le agradaban, tales como negociar con proveedores y clientes, con el tiempo se fue adaptando y desarrolló habilidades de comunicación para ciertos acontecimientos, sin dejar de lado lo que era verdaderamente.

Ese día en su caminata dominicana por el lago, justo antes de llegar al puente, percibió un letrero viejo de madera, estaba húmedo y tirado entre unas ramas, al levantarlo se dio cuenta que en él estaba escrito con letras negras y muy desgastadas “Quien es fiel a sus principios, es fiel a la humanidad”, al leer esto, sintió palpitaciones en el corazón como esa sensación de nervios en la que sientes escalofríos en todo el cuerpo, electricidad recorriendo de pies a cabeza, erizando su piel, después, una soledad, y esa sensación de miedo a la soledad, entonces cuando se acercó a recoger el letrero y a pesar del miedo intenso que sentía, ocurrió algo inesperado, una mano vieja arrugada de dedos largos y muy fría lo tomó de la mano, el joven dio un brinco hacia atrás, tropezó con una piedra cayendo al piso, sentía miedo, lo inundaba la incertidumbre de no saber qué había pasado, le faltaba la respiración y lo único que hizo fue quedarse petrificado, sentía la necesidad de gritar, y salir corriendo, pero eran gritos ahogados, y sus piernas no respondían, quedó incauto alrededor de una hora, en esa hora pudo distinguir entre la maleza a un viejo, encorvado con cabello largo negro con algunos brotes blancos, barba descuidada y blanca, el viejo vestía un traje gris desgastado, solo se miraban fijamente a los ojos sin decir una palabra, hasta que por fin el viejo rompió a preguntar -¿De dónde vienes muchacho?- , el joven desconfiado y con miedo, no se atrevió a responder, solo negaba con la cabeza, el viejo soltó una carcajada, y continuo preguntando -¿Qué te trae por acá?, ya veo no me responderás, vivo atravesando el puente cerca del viejo pozo- tendió su mano al joven, pero este no le respondía igual, ya que no sabía de qué se trataba, los saludos de mano no eran una costumbre, el viejo extrañado solo lo miró fijamente a los ojos lo analizó un momento, hizo una mueca de desagrado con la boca y continuo, - Hubo una época en la que las personas se miraban a los ojos, sonreían y se saludaban apretando sus manos, hubo una época en la que encontrarse a un viejo no era razón para sentirse asustado, al contrario, se sentía en confianza estar con un viejo, se pedían palabras de su basta sabiduría que habían adquirido con los años, y se seguía el camino. Ah, los años cambian, hubo una época en la que este lugar lucía con vida, y no como ahora, triste y desolado- el joven con cada palabra que decía el viejo sentía menos angustia, sentía menos miedo, y más confianza. El viejo miraba fijamente hacia el horizonte caluroso, duraron cinco minutos en total silencia hasta que el joven con voz nerviosa se atrevió a preguntar –y, ¿Qué pasó aquí? ¿Por qué ya no es igual?-, el viejo le sonrió, lo miró a la cara, de manera enternecida y le respondió – Te diré, antes las personas eran virtuosas, gozaban de una capacidad diferente para enfrentar la vida, podían sobreponerse a circunstancias difíciles solo con el apoyo de otras personas…-. El joven no entendía nada de lo que el viejo decía, -Te contare una historia- dijo el viejo; al darse cuenta de que el joven no comprendía nada de lo que estaba diciendo, se sentó en una piedra junto al lago, y le indicó con la mano al joven que hiciera lo mismo, y comenzó a narra.

*Había una vez catorce guerreros, todos con diversas características muy específicas que los hacían diferente uno del otro, cada uno de ellos eran buenos, y se complementaban uno con el otro, dichos guerreros todos los días despertaban temprano, más temprano que las personas, visitaban cada uno de los hogares, con un especie de cetro tocaban la mente de las personas, eso hacía que las personas se comportaran de formas específicas, según fuera el o los guerreros que habían tocado su cabeza, lograban que despertaran sonrientes y se sintieran dichosas por un nuevo día, ellos lograban que las personas le escribieran al sol, la luna y las estrellas, saludaban a todos los que se topaban en su camino, bailoteaban de un lado a otro cantando, felices, plenos. Si un día alguien lo necesitaba, todos acudían en su auxilio, todos aportaban algo que pudiera ayudar, al más desdichado lo invitaban a sus casas a comer algo para que se sintiera más dichoso, la palabra de un hombre o una mujer tenía más valor que cualquier cosa en el universo, se sentían con la capacidad de ir a donde quisieran, de dedicarse a lo que quisieran, sin temor a prejuicios, tranquilos en todo momento, porque confiaban los unos en los otros, se desplazaban de hogar en hogar a una velocidad fuera de lo normal, todos sabían de su existencia y siempre los querían en sus hogares, eran los héroes, eran sabios, habían vivido en el mundo más que cualquier cosa, que cualquier célula, muchos les hacían altares, de distintas formas, algunos los dibujaban, los esculpían, pero al final de cuentas eran siempre los catorce guerreros de los que hablan en todo el mundo. Con el tiempo, y con la soberbia de las personas ellos se fueron debilitando, se fueron olvidando de lo importantes que eran, ya nadie los necesitaba en sus hogares, puesto que había cosas más importantes que hacer, ya no había tiempo para sentir, para crear, todos cayeron en un monótono juego de indiferencia.*

El joven con la mirada perpleja, asombrado por la historia que había escuchado, imaginando el escenario lo maravilloso que pudo haber sido vivir rodeado de los catorce guerreros, la emoción que le hacía sentir imaginar algo así, la admiración a estos seres, todas esas emociones lo hicieron preguntar -¿En dónde están ahora los catorce guerreros? Tenemos que buscarlos-. El viejo lo miró con los grandes ojos bien abiertos color verde, tiró una sonrisa de oreja a oreja y le respondió –Yo soy viejo, yo soy el más viejo de todos en este mundo, me llamo Amor y me da mucho gusto encontrarte de nuevo, ¡volviste!, después de tanto te encuentro, y te vine a encontrar aquí, ¡qué maravilla! tú y yo juntos, nada nos detendrá.- se levantó de donde estaba, se apresuró a decir –Tienes que aprender muchas cosas, vamos muchacho, apúrate, nos queda poco tiempo juntos.- Parecía que el viejo estaba perdiendo la cabeza, repetía una y otra vez las mismas cosas el joven consternado, lo miro extrañado, dio un paso atrás y le respondió. -¿De qué hablas? ¿Qué soy yo?- el viejo respondió con voz burlona pero retomando la serenidad que había perdido por la emoción –En serio no te das cuenta, tú eres Valentía, y los dos volveremos a hacer lo que siempre fue, nuestra fuerza nos hizo sobrevivir a pesar de todo, tú siempre joven, y yo siempre viejo, yo sabio tu inexperto...-

FIN